

te, que ya no importa. La libertad está siempre coartada por el odio, y él sólo ha sido libre cuando en la cárcel ha perdido las raíces o razones del odio. ¿Es éste el destino que nos espera? ¿La final sumisión, la entrega a nuestra inútil pasión de sobrevivir? Puede quedar sólo como nostalgia el sencillo y cada vez más difícil recurso de entregarse a la Naturaleza —Pacífico, catador de colmenas—, el amor, Eros como principio de vida, pero con el sobresalto de que ha de ser una irrepetible victoria sobre la muerte —el coito en la carreta mortuoria de Cortiguerras—, para que luego vengan los remordimientos —el pueblo desierto poblado de fantasmas—. Ya no hay lugar para la inocencia ni para una guerra particular. En el mundo no hay guerra, salvo «guerra fría», «escalada», «distensión», «operaciones de paz», «desesperación terrorista». Es lo mismo. El hombre, en cualquier lugar del mundo, asume, en su propia y desmedrada biografía, todas las guerras de sus antepasados. ■ EMILIO SALCEDO.

De la Bética y sus hermandades

Con una comprensible y saludable declaración de beligerancia inicia el antropólogo sevillano Isidoro Moreno Navarro su último libro, Las hermandades andaluzas (1): «Me considero en la obligación de denunciar esta posición falsamente neutral y de subrayar, modestamente pero con claridad, la responsabilidad de cada antropólogo (y de cada científi-

(1) Isidoro Moreno Navarro: Las hermandades andaluzas, Una aproximación desde la Antropología. Universidad de Sevilla. Colección de bolsillo, 1974. 111 páginas. Portada de Víctor Pérez Escalano.



La romería del Rocío responde a una hermandad de tipo supracomunal, por un lado; pero por otro es significativa de un solo pueblo, Almonte, donde actúa como poder de integración frente a lo externo a la comunidad.

co en general) para con la sociedad en que vive y su obligación ineludible de actuar en ella como tal, sin cómodos escapismos, considerando además a los hombres no como simples objetos de investigación, sino como sujetos de la historia...».

Y es comprensible esta declaración, porque el horizonte sureño se presenta todavía menos halagüeño que el general de nuestro ex desarrollístico país. El mismo Moreno Navarro mostraba no hace mucho, a propósito de la sierra sevillana (la de Antonio Burgos y su «contador de sombras»), un panorama por desgracia extensivo a casi toda Andalucía: «Los pueblos de la comarca han perdido en los últimos quince años un 30, un 40 e incluso más de un 50 por 100 de su población en algunos canos; romerías de herba hecho ya presa en el sector que antes era autónomo. (...) Y los que no emigran, a causa sobre todo de su edad, aún no tienen claro si finalmente se verán abocados a marcharse. Todos responden que si fuesen jóvenes no dudarían. Y ello a pesar de que con unanimidad casi total todos mani-

fiestan que si en la comarca hubiera trabajo y condiciones de vida adecuados, preferirían seguir en ella en lugar de emigrar. Lo que contradice espectacularmente el tópico intencionadamente divulgado de que nadie querría quedarse en el campo, incluso si éste ofreciera trabajo y atractivos suficientes» (2).

Y es también saludable, porque una mentalidad análoga ha lanzado al ruedo periodístico a una promoción crítica de intelectuales oriundos (los Romero de Solís, P. Escolano, Burgos, S. Becerril, Bernal, Alvarez Palacios, etcétera). El mismo Moreno Navarro colabora con frecuencia en la tercera de «El Correo...».

Isidoro Moreno Navarro se doctoró precisamente con un estudio sobre las hermandades, cuya primicia editorial dio TRIUNFO (3). Actualmente profesa la An-

(2) La Sierra Norte de Sevilla, una comarca que agoniza. «La Ilustración Regional», número 3. Noviembre de 1974.

(3) Baja Andalucía: hambre de tierra. TRIUNFO, número 490, 15 de abril de 1972. El texto publicado era un fragmento del libro «Propiedad, clases sociales y hermandades en la Baja Andalucía», publicado por la Editorial Si-

tropología en el Departamento de la Universidad hispalense. Este libro, calificado como «aproximación desde la Antropología», se inscribe dentro de esa tarea didáctica, y no pretende por eso «dogmatizar sobre el tema ni sentar conclusiones definitivas, sino solamente abrir caminos de análisis a la reflexión, caminos que deseáramos ver transitados y reorientados por cuantos sienten y se interesan por esta nuestra tan secularmente dominada Andalucía». En cuanto perteneciente a esos «cuantos», ofrezco a continuación un breve resumen de este interesante libro.

El estudio de las hermandades o cofradías (términos sinónimos, aunque haya lugares donde el segundo se reserva exclusivamente para las hermandades de Semana Santa) no es

glo XXI. El estudio corresponde a un pueblo del Aljarafe sevillano llamado aquí Bencarrón de los Condes. También en otra tesis doctoral sobre Antropología, realizada por entonces, se esconde el nombre del pueblo bajo un simbólico: nos referimos a un Jaral de la Sierra, de Granada, objeto del estudio de Enrique Luque Baena en Estudio antropológico social de un pueblo del Sur. Editorial Tecnos. Madrid, 1974.

gratuito. Porque aparte de sus funciones manifiestas (los fines religiosos expresados en sus Estatutos, tales como celebración de cultos, espiritualidad, caridad, etcétera, inmutables desde hace siglos), están las importantes funciones latentes. Ellas son «lo verdaderamente relevante desde una óptica sociológica», puesto que la hermandad es apropiado caldo de cultivo para desarrollar la sociabilidad, sobre todo en áreas como la Baja Andalucía, donde «toda relación social tiende a personalizarse». Son las hermandades a manera de auténticos «clubs de varones», función que comparten con los llamados «casinos de sociedad», modelo, institución o forma de sociabilidad que bien merecería un estudio análogo a éste de las hermandades.

El autor se plantea la construcción de un modelo estructural mediante el establecimiento de una tipología a través de tres criterios: 1) el grado de apertura o exclusivismo de la asociación; 2) la forma de integración (horizontal, con miembros de todas ellas), y 3) los niveles de integración socio-cultural.

Con la combinación de estos tres criterios (los dos primeros de tipo sociológico, el último de tipo geográfico-cultural), el autor establece dieciséis tipos teóricos de hermandades, que van desde la hermandad grupal vertical cerrada, hasta la comarcal horizontal abierta.

Sentada la tipología, Moreno Navarro pasa al estudio pormenorizado de cada una de ellas, con ejemplos particulares de la región. Hermandades de negros, que tuvieron su importancia histórica, dado que Andalucía fue el más importante núcleo esclavista habido en Es-

paña; cruceros y soleanos, romerías de hermandades e institución de la mayordomía en cuanto que reflejo de un cierto «status» social, etcétera. A propósito de la mayordomía y las hermandades comunales, estudia de nuevo las romerías de San Benito y de la Peña, del Cerro de Andévalo y Puebla de Guzmán, ya estudiadas por Julio Caro Baroja en los años 50 (4). El ejemplo inevitable del Rocío sale por partida doble, como hermandad supracomunal (hinchada por la diáspora) y como polarizadora de buena parte de un solo pueblo: Almonte. Por lo segundo sería «el símbolo en el que se identifica colectivamente el pueblo, el que expresa la integración socio-cultural de éste frente al exterior»; por lo primero, un reflejo de un «tiempo propio de la era preindustrial en que funcionaban realmente una serie de valores agrarios (quizá fundamentalmente ganaderos) paternalistas, aristocratizantes...».

■ VÍCTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

Ediciones aplazadas

El libro de John Brademas, publicado por Ediciones Ariel, Anarcosindicalismo y revolución en España (1930-1937), tiene detrás de sí una curiosa historia. Redactado en 1953, cuando su autor era un joven investigador norteamericano en la Universidad de Oxford, este trabajo fundamental sobre el anarcosindicalismo español de la República ha permanecido

(4) Artículo «Dos romerías de la provincia de Huelva». «Revista de Dialectología y Tradiciones Populares», tomo XIII, cuaderno 4, 1957. Reproducido después en Estudios sobre la vida tradicional española. Ediciones Península. Barcelona, 1968. El autor relata asimismo este viaje en el capítulo XXXI de Los Baroja. Taurus, 1972.